

La Fura triunfa en Lyon

El estilo sobrio y contenido de su 'Tristán e Isolda' logra una gran acogida

CÉSAR LÓPEZ ROSELL
LYÓN

Otro éxito de La Fura en su año de gracia operístico. Esta vez de la mano de Àlex Ollé, quien en perfecta comunión con Kirill Petrenko ha firmado en la Ópera de Lyon una nueva versión de *Tristán e Isolda* tan redonda como la esfera dominante de la escenografía. El público acabó aclamando al director musical y a los intérpretes de montaje pero se extendió en sus aplausos, haciendo sincopadas palmas, cuando apareció el equipo de la compañía catalana.

El espectáculo respondió a la expectación que había despertado. La presencia de más de medio centenar de periodistas de diferentes países y de destacados gestores, entre ellos Gérard Mortier, daban fe de la expectación que había levantado esta nueva incursión wagneriana de La Fura. Y lo primero que hay que decir es que crítica y público se sorprendieron de la elegancia y contención de un montaje en el que, sin dejar de jugar con recursos marca de la casa, nunca hubo excesos.

Ollé, hombre de teatro cada vez más abducido por la ópera, entendió que la partitura tiene en esta obra un peso expresivo mucho mayor que la palabra y se volcó en potenciar su valor simbólico, huyendo de lo descriptivo, para encontrar así el puente hacia el viaje interior de los personajes. La excelente dirección musical de Petrenko, al frente de la orquesta y coro del teatro, se coordinó en todo momento con la atinada lectura del trabajo dramático. Así, en el primer acto, se dibujan claramente el antagonismo entre Tristán e Isolda y los giros de la ira a la pasión de los protagonistas producidos después de que ambos hayan bebido el filtro amoroso.

Una plataforma con una escalera, unos bancos, un candil y las sutiles imágenes de Franc Aleu con el mar y las estrellas proyectadas sobre un fondo negro ilustran ese viaje en barco hacia lo desconocido. El abismo cultural y emocional se refleja en este espacio escénico de Alfons Flores. Poco a poco se incrementa el volumen de la esfera, que representa la Luna, y que después jugará un nuevo papel, con más vida y color, en ese segundo acto que nos sitúa en el centro de la relación amorosa.



►► Una trampilla en la esfera que protagoniza el montaje de la Fura. (ÓPERA DE LYÓN)

En la mitad de este hemisferio, que representa el mundo del rey Marke (el castillo), los protagonistas viven su éxtasis amoroso y construyen un mundo propio. Sobre la esfera se proyecta, con bellas imágenes, el imaginario de los amantes. La vuelta a la esfera de 180 grados sirve, en el acto final, para escenificar lo que está fuera de ese mundo interior: Tristán, herido de muerte y desprotegido, evoca el recuerdo de su pasado antes de morir junto a su amada. La iluminación de Albert Faura, todavía por afinar, y el vestuario de Josep Abril reforzaron una función en la que todo estuvo en su sitio.

LOS CANTANTES / De entre los cantantes destacó la poderosa Ann Petersen (Isolda). Tras su gran primer acto y los dúos de la continuación llegó con recursos vocales para un generoso remate. Forbis (Tristán) fue de más a menos has-

ta salvar con fuerza su largo rol final. Christoff Fischesser (rey Marke), Jochen Schmeckenbecher (Kurwenal) y Stella Grigorian (Brangäne) defendieron bien su papeles. Ollé, que acaba de recibir el encargo de *Un ballo in maschera* para la Ópera de Sidney, volverá también a Lyon para dirigir *Le prisonier* de Luigi Dallapiccola. ¿Hay quien dé más?
